Los amigos

Por Juan Vicente MELO

Dibujos de Luis GARCÍA GUERRERO

Para Juan y Meche García Ponce

Toda la noche batalló con la noche
—OCTAVIO PAZ: *Repaso nocturno*

Antes de cruzar, Enrique se detuvo. Miró a todos lados, a la luz roja del semáforo y, aunque la calle estaba desierta, se repitió que no caminaría hasta que apareciera el color verde. A lo lejos, sonó el largo y agudo silbido de una ambulancia. Andrés siempre le decía que las ambulancias le daban miedo, que salían de todas partes, que uno no podía verlas porque nunca se sabía con certeza si estaban delante o detrás, en la calle por la que se camina o en otra.

La luz roja le daba en la cara, pero no se movió. Sus pies rozaban un montón de arena. La calle estaba llena de agujeros, el asfalto removido; una llamita anaranjada advertía peligro. La semana pasada, Enrique y Andrés habían caminado por esta zona, habían cruzado esta calle, se habían detenido en esta esquina. No estaba entonces este farol largo y delgado con un tubo azuloso clavado en lo alto, ni tampoco el menor indicio de que la glorieta iba a ser amputada simétricamente en rayas laterales a fin de aligerar el paso de los vehículos. La semana pasada, habían descubierto, asombrados, que el café donde iban después de los conciertos ya no existía. Hace tres días, casi los atropella un coche salido de una calle igual a todas pero nunca antes vista.

Miró de nuevo y avanzó, evitando los agujeros, el asfalto fresco y pegajoso. Compró el periódico. Antes de abrirlo, ya sabía que la noticia había sido reemplazada por otra, más reciente.

De pronto, se encontró frente a la casa. Miró la ventana, un pequeño rectángulo contando tres de abajo arriba. Sólo entonces se sintió cansado. Dejó el periódico en el suelo y se sentó en el pequeño promontorio que, a manera de silla, interrumpía la redondez de una de las dos columnas del oscuro portón situado exactamente frente al edificio donde vivía Andrés.

Eran las ocho y media. Lo supo porque, como si se tratara de un reflejo condicionado, las luces de la calle acababan de encenderse, porque el policía estaba ya paseándose a lo largo de la acera, porque aquella muchacha miraba a la esquina esperando que apareciera el joven moreno, alto y con lentes, que llegaba todas las noches a las ocho y media en punto. Enrique tenía la boca llena de saliva espesa y amarga.

Lo único indestructible en la ciudad era el edificio donde vivía Andrés. Todo lo demás, incluso muchas casas de este barrio tan tranquilo, alejado de las llamadas zonas residenciales, cambiaba, desaparecía. Trató de reconstruir el pequeño jardín de la esquina, ahora convertido en una gasolinera estrecha y luminosa, muy limpia; volvió a comprobar que la casa que tanto le gustaba, dos números a la derecha del edificio de Andrés, estaba llena de parches, de un horrible maquillaje de aceite y pinturas que ocultaba su aire viejo y saludable. Hasta el oscuro portón y las columnas redondas presentaban cambios que, sin duda, conducirían a su total desaparición. Pero la casa de Andrés estaba ahí, con su reja entreabierta, oxidada, permitiendo adivinar el minúsculo corredor mal alumbrado y el gran patio cuadrangular. De ahí —le había contado Andrés— sale una escalera, hay unos andamios sosteniendo la pared llena de agujeros. Si uno sube por esa escalera, escucha, mañana, tarde, noche, un radio; no voces sino un radio. Anuncios de pasta de dientes, boleros, anuncios de jabones, boleros. Y luego, uno sube otro piso. La puerta marcada con el número tres sólo se abre de noche; durante el día, si uno pasa por la calle, puede ver los ojos de una muchacha escondidos tras las persianas. Ahora, al pensarlo, Enrique sabe que esa muchacha tiene miedo de la ciudad, miedo de salir y de quedarse encerrada; sabe que los edificios —los viejos y los nuevos— están construidos para aterrorizar a sus habitantes. Otro piso. Es esa ventana, el pequeño rectángulo oscuro, la cortina bajada. Enrique trata, nuevamente, de imaginar lo que hay detrás de la tela amarilla y de los cristales; de saber cómo es el cuarto de Andrés. Hay un escritorio, un clóset o, tal vez, un ropero muy grande. Hay una cama cubierta por una colcha con rayas, una colcha gruesa que todavía huele a Andrés. Muchos libros, el tocadiscos, algún retrato. Un reloj, claro, un enorme círculo fosforescente que todavía está dando la hora. Si Andrés hubiera aceptado el disco que una vez le ofreció de regalo, ahí estaría. Y también aquella máscara, la mejor de su colección, la que Andrés había mirado y acariciado largamente. "No —le dijo—, ahora no la quiero, ahora no. Después."

El joven moreno, alto y con lentes, ha llegado. Enrique lo ha visto avanzar por la calle y ha seguido la mirada de la muchacha, su carrera. Espera que se tomen de la mano, que se miren cara a cara, que se digan algo. Un espesor amargo le llena la boca. Cruza la pierna y espera sentir el hormigueo suave y agradable subiéndole desde los pies. Entonces, sabiendo que es imposible no hacerlo, empieza a silbar la señal.

"¿Te gusta?", le había preguntado Andrés, mirándolo, sonriendo, sintiendo su estremecimiento. Y Enrique había dicho que sí, que le gustaba como señal. De la fila de atrás, alguien protestaba porque no lo dejaban escuchar.

El día primero, decía Andrés cuando hablaban de ese concierto. Y desde ese día, hace tres meses, tal vez cuatro, Enrique caminaba por toda la ciudad, saltaba obstáculos de arena y asfalto, se perdía, encontraba el trayecto propicio y se sentaba frente a la casa de Andrés. Se encendían las luces y Enrique esperaba la aparición del policía, su tranquilo paseo, el movimiento de las manos empuñando el garrote; esperaba la mirada de la joven, su impaciencia y luego su carrera al encuentro del muchacho moreno, alto, con lentes. Enrique sabía que entonces, ni antes ni después, eran las ocho y media. Un espesor amargo le llenaba la boca, levemente se le contraían los músculos del cuello y aguardaba que el entumecimiento de las piernas se hiciera doloroso para levantarse, estirarse, patear como un caballo. Entonces, cerraba los ojos, fruncía los labios y empezaba a silbar.

La señal subía, bajaba, se perdía, se transformaba. Una larga frase triste hipertrofiada por adornos, inversiones y superposi-

ciones de otras melodías. Un vacío sonoro, un frágil recuerdo que de pronto se vuelve perfecto. Invocación, entendimiento a medias palabras; preguntándote sin que contestes nada; respondiéndote siempre. La larga frase triste se disocia, rápida, profundamente, como si hubiera sido cortada por un golpe fuerte y certero, se deshace; vuelve. Sujeta a novedad imprevisible, la señal era, cada día, distinta y sin embargo la misma. A veces, repetición textual: no hay necesidad de cambiar nada, todo es definitivo, ese temblor, ese abandono, esa impaciencia contenida. A veces, la señal se articulaba en proporciones diversas, se volvía efímera, irrecordable, imposible de reinventar, Tras ella, subiendo, cada vez más aprisa, hasta que en la ventana cerrada termina el débil resplandor y Andrés baja las escaleras, cruza la calle y estrecha la mano todavía temblorosa de Enrique.

Junto a Andrés, la ciudad era otra: hermosa, tranquila, con luces y cines y ventanas abiertas y personas que caminaban como ellos, frente a ellos o a su lado, sonrientes y despreocupadas. En las calles, en las casas, en algunas formas que la oscuridad velaba, adivinaban siempre un misterio. Con Andrés, la ciudad parecía estar siempre de día. "¿En qué ciudad te gustaría vivir?", le preguntaba pensando en todas las posibilidades: París, Viena, Amsterdam, Venecia. Y Enrique contestaba, convencido, con una sonrisa incontenible: "En ésta, en ésta." La sentía como parte suya, la única ciudad amiga, la única en la que no habría muertes violentas. Después de un silencio, Andrés decía algo, hablaba por hablar y, luego, con su mirada triste, una vez aspirado el aire, balbuceaba: "Yo, ¿sabes?, no cambiaría esta ciudad por ninguna." Y sin que Enrique preguntara, añadía: "Porque uno sabe que están la calle y la iglesia y ese automóvil y sin embargo sabe que eso es en todas partes pero sólo aquí. Que todo nos viene de esta calle y del automóvil y de esa iglesia. Que más allá, en la otra esquina, hay una sorpresa. Yo sé que voy a encontrar algo en esta ciudad. Algo, no sé qué, pero nada pequeño, nada tonto. Algo que me está esperando. Dios, por ejemplo."

Sentía el brazo de Andrés apretando el suyo, el pecho subiendo y bajando con calma, el calor obediente al ritmo de la respiración. El aire se llenaba de la presencia de ellos, de un momento distinto, un chasquido de lengua, un alzar de hombros o una risa que no tenía antes el aire. Les gustaba mirar su dos sombras desproporcionadas, alargarlas o empequeñecerlas cuando aceleraban el paso o lo retenían en otro más calculado. Iban a un café, a un cine, a un concierto. Se contaban lo que habían hecho durante el día, los libros leídos, el curso de sus estudios; a veces, comprendían el valor y el significado de sus silencios, de sus frases inconclusas, de los ademanes que implicaban algún sobreentendido. Y entonces caminaban callados hasta que Andrés decía, de pronto, algo que no tenía nada que ver con lo que se habían dicho antes, y todo tomaba un aspecto insólito. Se despedían junto a la reja oxidada y cuando se iluminaba el pequeño rectángulo del tercer piso, Enrique regresaba a su casa. El día terminaba con un leve desasosiego pero todo comenzaría mañana, a las ocho y media.

La ventana estaba a oscuras. Esperó que sucediera algo, que Andrés apareciera de pronto. Buscó el recorte en la bolsa de la camisa y sintió el crujido del papel.

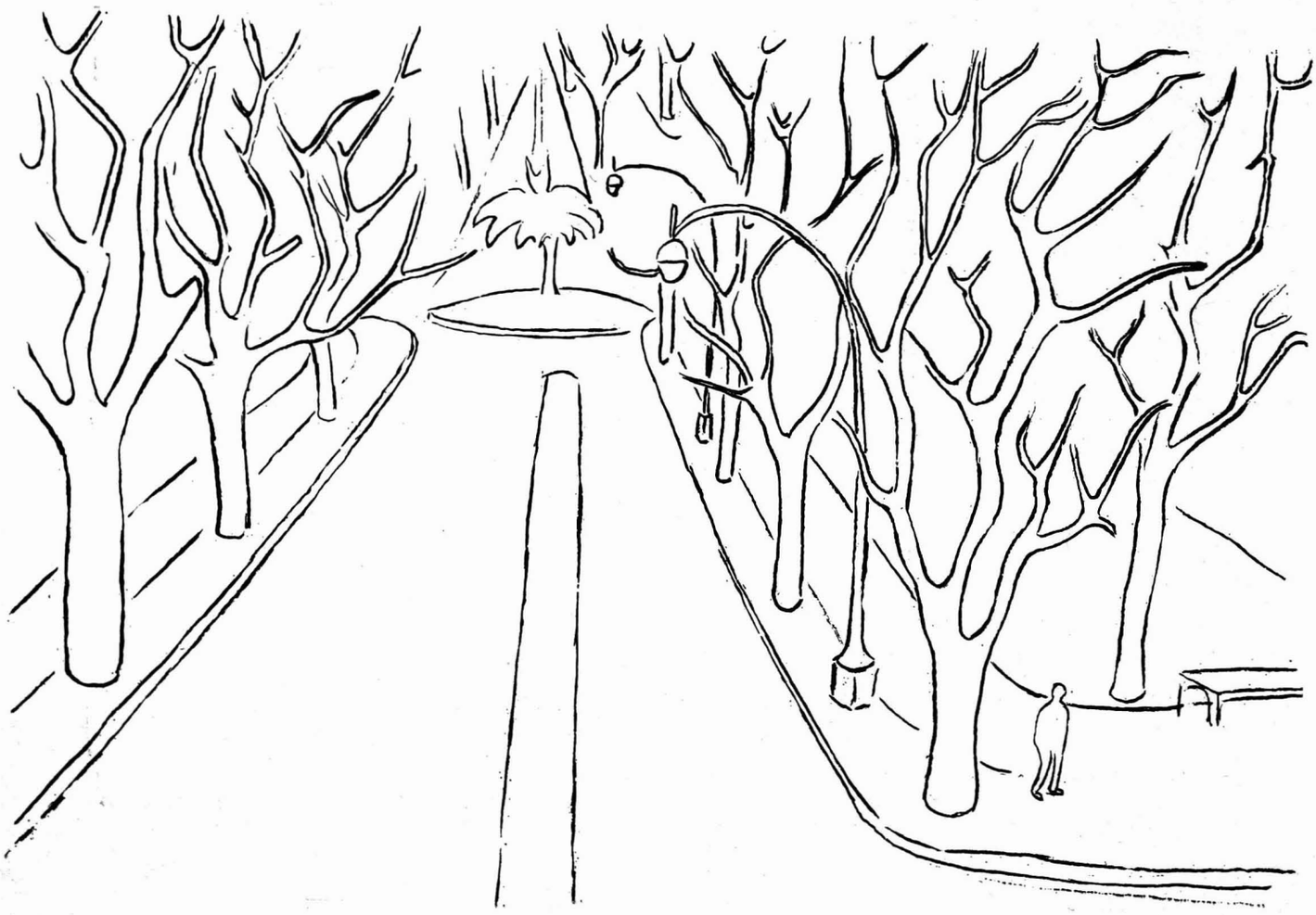
El lunes, hace apenas dos días, al cruzar la calle, como todas las mañanas, compró el periódico. Al abrirlo, vio la fotografía.

Era otro Andrés. El mismo cabello, la misma boca, la mano, pero otro. Tres mechones sobre la cara, los labios rotos, un solo ojo abierto, una sola mano ennegrecida. Atrás, una gran confusión de formas: el escritorio, los libros, la lámpara, el tocadiscos, un retrato, la pared. "Joven estudiante fue hallado muerto." Un balazo en la cara.

Se quedó inmóvil en ese mediodía soleado lleno de gritos, cláxones, chirridos de frenos y cielo claro. (En la ciudad, tiempo despejado, había anunciado el servicio meteorológico. Y el aire se afanaba en conservar un calor suave de primavera.) Algo se le caía, su corazón daba un tumbo y se paraba, un dolor le crecía dentro del pecho y, sin saber cómo, así, de repente, se le iba de la misma manera que había llegado. Caminó, lo miraban y él observaba todo: la calle ancha partida en dos por un camellón con flores pequeñas, las hojas doradas desprendiéndose de los árboles, paseantes tranquilos y el orden acostumbrado. Dijo buenos días a la portera, dijo buenos días a un vecino que bajaba la escalera, tomó de las manos del cartero el anuncio de la próxima serie de cineclub y le dijo buenos días.

Abrió la ventana de su cuarto. Ahí estaba la calle pequeña y estrecha, las personas caminando, el edificio de enfrente, la iglesia en la esquina, los ruidos, el aire, la luz, un cierto olor agradable. Todo permanecía igual que ayer, simple y digno. Oyó el andantino de la sonata en sol menor de Schumann.

Ver la calle, oír la señal, tirarse en la cama, desear que pasen más cosas, hasta repetirse que no, que Andrés no tenía nada



suyo, ni el disco de la señal ni la máscara ni un retrato ni una carta; todo menos preguntarse "por qué". No cansarse de observar la calle o de imaginar colinas y prados, mar verde azul verde negro tranquilo furioso mar. Hacer un orden: primero mirar el florero, las máscaras una por una, los libros, los discos y luego las cosas grandes: cama, ropero, ventana. Contar hasta cien y empezar de nuevo, encender un cigarro, oír la señal, repetirse que no, que no vendrán a buscarlo, que nadie le preguntará nada, que se conocieron hace tres meses (tal vez cuatro) en una fiesta, que Andrés estaba ahí, aburrido, en un rincón, que le sonrió y que al pasar le dijo, como si nada "ven, vámonos", y que le preguntó "¿en qué ciudad te gustaría vivir" y, antes de que contestara algo, que le había respondido, como si hablara solo, "a mí en ésta, ¿sabes?, porque es la única en el mundo donde podría encontrar a Dios", y que le dijo que lo esperaba al día siguiente y que se vieron todas las noches a las ocho y media, que tenían una señal —el andantino de la sonata en sol menor de Schumann— y que nunca lo invitó a subir a su cuarto. Todo menos preguntarse "por qué". Hasta dejar de oír la señal y cambiar a la estación de radio que marca la hora: las tres y veintidós, las cinco y cincuenta, las ocho y media.

Cuando despertó, le sorprendió la luz cómplice del día. Del piso de arriba llegaba un ruido apresurado de pasos y el confuso rumor de agua expulsada de algún lavabo. Ya no estaba esa pesantez en la cabeza ni ese espacio inmenso dentro del tórax. Se vio en el espejo y comprobó que todo estaba en orden y en su sitio: dos ojos abajo de dos cejas, la nariz larga, los labios delgados y pálidos, el mentón que no alcanzó a crecer convenientemente, las orejas grandes y separadas de pequeño animal pacífico. Dejó correr el agua de la ducha.

Pensó que todo estaría claro en el periódico de hoy. Todo, menos mi nombre, se dijo. Y empezó a caminar. En la esquina de su casa, unos hombres taladraban el asfalto. Más allá, la acera había sido suprimida en favor de una pendiente suave que conducía a un túnel negro y cómodo. Se quedó viendo la gran avenida mutilada en cortes simétricos, los automóviles corriendo arriba y abajo en múltiples pasos a desnivel, los edificios sin fachada, el ruido infinito de los aparatos que demolían piedras, acarreaban despojos, aplastaban arena. En la Reforma, estaba un coche contra un árbol y el árbol salido de la tierra. Señales de alarma. Sintió miedo. Pensó que iba a morir, que iba a encontrarse con alguien y que sabría que también tenía miedo. Miró a todos lados, a la luz roja del semáforo, se repitió que no caminaría hasta que apareciera el color verde. A lo lejos, sonó el largo y agudo silbido de una ambulancia. Trató de adivinar si el carro avanzaba por la misma calle o si estaría a sus espaldas. Cruzó, evitando los agujeros, el asfalto seco y pegajoso. Compró el periódico. Antes de abrirlo, ya sabía que la noticia había sido sustituida por otra, más reciente.

La ventana seguía oscurecida. Estiró las piernas, sintió cómo descendía la sangre, cómo el pie recuperaba el tamaño, la forma de siempre, cómo pegaba contra el suelo. Se le ocurrió que Antonio podía estar en "El Paraíso".

Iban juntos todas las noches, desde el día que se conocieron en la Facultad hasta el día en que Enrique conoció a Andrés. Ahí estaba la mesa, casi oculta por la puerta de la entrada, y el ruido de la televisión y el aire caliente oloroso a cigarro y cerveza, las voces. Conchita secándose las manos en un delantal sucio y mirándolo y sonriéndole, y Antonio sentado en la mesa moviendo las manos con esa especie de balanceo desordenado que siempre le llega cuando está nervioso o excitado. Conchita y Antonio y todos los rostros familiares: el viejo mordiendo el puro apagado, el hombre y la mujer que picotean las migajas dispersas y que se molestan cuando Conchita trata de pasar un trapo húmedo, aquellos de la mesa de enfrente que sólo se miran y no dicen nada, las dos muchachas del rincón (una siempre se levanta, va y viene, mira la puerta a cada momento). Volvió a sentir un calor suave y agradable, como si su cuerpo adquiriera de nuevo el peso de antes. Atravesó la calle y se encontró en la Reforma.

"¿En qué ciudad te gustaría vivir?"

No, eso no. Pensar en Antonio, en las idioteces que dice, en esa manera que tiene de mover las manos. Recordar las mañanas que caminaba por ese mismo sitio, aspirando la tibieza del aire, mirando los árboles y los automóviles, agradecido por el color quebradizo de las hojas y porque hubiera alguien que hablara en voz alta y se riera y caminara alegre y despreocupadamente. Volver a ver el largo y hermoso Paseo con sol, acogedor, en el que nada cambia; sin riesgos. Saber que en las mañanas la ciudad es amiga y no permite que nadie muera. Volver a ver a Antonio caminando a su encuentro, saludándole, diciéndole: "Bueno, ¿nos portamos como caballeros o como lo que somos?",

y tomarlo del brazo, saltar con él, decir tonterías a las mujeres, asustar a las niñas, subirse en un taxi colectivo y hablar de cosas terribles. Reírse del chofer que una vez los obligó a bajar porque Antonio dijo algo de la Virgen de Guadalupe. Pensar en todo esto, verlo otra vez, ser el de entonces, reunirse con Antonio en "El Paraíso" y después de dos cervezas ir a ver a las putas; detener el coche en una esquina, esperar pacientemente, observar los paseos de las mujeres, sus sonrisas, sus movimientos hacia el coche, sus desapariciones cuando pasa el carro de la policía y las dos hileras de uniformes azules se quedan mirando ávidamente la calle.

Correr, moverse como el coche, haciendo eses y pequeños círculos, girar de pronto y sentir el chirrido de las llantas, ver brillar los faroles, la luz azulosa, la calle. No pensar en la muchacha que vive en el edificio de Andrés, la que se encierra de día y se queda mirando la calle; no pensar en el miedo que tiene de estar encerrada, en el miedo que tiene de salir. No pensar en ese edificio construido para asustar a los que ahí viven. No. Pensar, en cambio, en la primera vez que Antonio y él levantaron a dos mujeres y en la mano de la que se fue con él al asiento de atrás, la mano guiándole, el pezón erecto y la piel gorda y caliente, la mano guiándole, la falda estrecha y arrugada que se va levantando, la mano subiendo por la rodilla, por el muslo, y su boca aplastada contra la de ella y sentir que ella también lo está mordiendo, que le está enterrando las uñas en el cuello. Y la risa de Antonio. Y la risa de la mujer que está con Antonio. Y la risa de los cuatro. Bajar del coche, abrir la puerta de ese cuarto, ver una imagen de la Virgen de Guadalupe alumbrada por una veladora amarilla y de nuevo la lengua recorriendo, abriendo la garganta, rascando el paladar, el olor que le sube por la nariz hasta inundarle todo el cuerpo y aquel calor en el vientre y en las manos, la mirada entre divertida y asombrada. Le había dicho que se llamaba Sandra y que era de Veracruz.

"Yo, ¿sabes?, no cambiaría esta ciudad por ninguna."

No, eso tampoco. Pensar en Conchita, hasta pensar en Conchita, con los labios fruncidos y tratando de sonreír. ¿Qué hacías cuando tenías quince años, Conchita?, preguntárselo porque sí, y ella que se queda muy seria y luego sonríe y se alisa la falda, el delantal, anda cuéntanos cuando tenías quince años y ver que algo le cambia, que no se le nota tanto la bizquera y que le tiemblan los labios, yo no sé exactamente qué pero algo le cambia y se ve más ridícula. La última vez se había puesto un traje nuevo y llevaba las uñas pintadas de un rojo casi negro.

"Porque uno sabe que están la calle y la iglesia y ese automóvil y sin embargo sabe que eso es en todas partes pero sólo aquí."

"Andrés . . . te regalo esta máscara. Tómala, sí, quédate con ella. Me gustaría mucho que la tuvieras. Es la mejor de mi colección. Andrés, por favor, quédate con ella."

"No, hoy no. Después . . ." "Después . . ." "Tienes que esperar. Como yo. Tiene que ser en el tiempo exacto."

Tratar de no ver la cara de Andrés. Los ojos, especialmente cuidarse de no ver los ojos. Siempre había creído que eran tristes, con un brillo curioso (líquido, eso es: un brillo líquido); pero ahora, en la foto del periódico, un solo ojo inmensamente abierto, ahora lo veía por primera vez, no que tuviera otra mirada sino que tenía mirada. Y sobre todo, qué raro acordarme de eso, los tres pequeños hoyitos de la mejilla derecha, más que cicatrices una leve decoloración o más bien una pigmentación distinta. Tratar de no ver a Andrés con el suéter negro o con aquel traje a rayas o con el humo del cigarro escurriendo de la nariz. A Andrés diciendo "encontrar a Dios, entregar la existencia para existir, quedarse fijo, enseñarte a esperar, lograr que sientas una culpa, una gran culpa, que sepas lo que es la seducción" y todas esas cosas que había leído en muchos libros y despedirse de él junto a la reja oxidada y esperar todas las noches a que lo invitara a subir a su cuarto. No verlo, no poder verlo, no saber si el pelo era negro y los ojos azules, no recordar la manera que tenía de quedarse mirando algo, de decir algo, de tomar algo. Sólo la foto del periódico, un ojo abierto que mira por primera vez, un pedazo de pared, un hilo de sangre seca pegada en el cuello. Deben haber avisado a su casa. Estará en una agencia funeraria o todavía allá. Desnudo, abierto en canal de un solo tajo, toda la piel hinchada, las vísceras expuestas a la luz de una lámpara, oliendo a formol.

Tratar de no imitar la voz ni de caminar con ese paso lento, torpe, como si le apretaran los zapatos. De no hablar como él; de hablar por hablar.

Un violento haz de luz blanca le dio en la cara y empezó a subir y bajar a lo largo de los árboles, a proyectar sombras indecisas entre las plantas. Brincando sobre las hojas, la luz se estrellaba en los gruesos troncos, descubría la menor piedra, hacía girar multitud de granitos azules. Cerró los ojos y se quedó inmóvil. Me encontraron. Pero ahora, sentado en un banco, mientras encendía un cigarro, sintiendo aún el golpeteo furioso dentro del pecho y el sudor frío en la frente, sonreía pensando en las putas escondidas tras los árboles.

Se llevó la mano a la bolsa de la camisa y sintió el crujido del papel. Vio los pedazos volando, repartiéndose sobre el pasto. Empezó a correr.

Nada más. Ni una carta, ni una fotografía, ni el disco, ni la máscara. Nada. Si me revisan, no encontrarán nada. Contestaré que tengo un amigo llamado Antonio con el que voy a un lugar todas las noches y que hay una mesera llamada Conchita, que los dos pueden decir que me conocen; en ese lugar tomamos cerveza y le preguntamos a Conchita cosas tontas; ella me quería, estoy seguro, se me quedaba viendo, una vez se puso un vestido nuevo —la había invitado a salir, a ir a mi casa—, se había pintado las uñas; pero se me olvidó; y hay unos que se sientan frente a nuestra mesa y nunca hablan pero me conocen; y unos viejos que juguetean con los restos de la comida y nunca hablan pero me conocen; y luego voy con Antonio a ver a las putas. Las vemos caminar, moverse, esconderse cuando les echan las luces de la policía. Seguimos el carro para ver cómo las persiguen. ¿Andrés? Lo dejé en la puerta de su casa —antes fuimos a un cine, íbamos casi todos los días—, y no me dijo nada, no sé por qué lo hizo, por nada, porque sí, ¿cómo puedo saberlo?, en realidad no lo conocía, nunca me invitó a subir a su cuarto, no sé con quién vivía, no lo veía durante el día, sólo en las noches, a las ocho y media, caminábamos, hablábamos, ahora me doy cuenta de que nunca me dijo nada de él, de que yo era el que hablaba, ¿cómo voy a saber por qué se mató si no lo conocía?, sólo él sabe, me dijo "hasta mañana" y me quedé esperando que dijera "ven, sube", como siempre esperaba. Vamos a buscar a Antonio, sí, vamos, le diré que tenía una amante, una mujer rica y casada que me quería mucho, le diré eso porque va a preguntarme, ya está preguntándome, le diré eso y que ya terminó porque esas cosas terminan y entonces nos iremos a cazar putas. Correr, más aprisa, sentir la boca seca, el temblor en el cuerpo, los músculos de las piernas que se contraen, hasta no poder más y detenerse. No volver a ver a las putas escondiéndose para huir de los reflectores, no permitir que me vuelvan a echar esa horrible luz encima, no ver los ojos de miedo que tienen los que caminan a esta hora por el Paseo. Uno contra otro los dientes, la lengua disparada hacia adelante, se acumula, extiende, avanza, afuera, punto primero y luego mancha y ahora una bola, esfera que se rompe y estalla, la risa. Acababa de recordar que una noche Andrés le había dicho: "Te gustará entrar en mi cuarto. Pondremos un disco, yo me sentaré en un rincón y tú tendrás vergüenza. La tentación, Enrique, sentirás la tentación. Y luego, un deseo de venganza. Yo me quedaré callado, fijo, inalterable, tranquilamente sentado en un rincón, mirándote y mirándome. Arreglarás entonces esta historia."

Resonó una campanada y vio que habían apagado las luces de la calle. Del suelo, se levantaba una especie de vapor, algo así como un brillo rojizo que se movía con la brisa suave, levemente fría, casi marina. En el silencio, el ruido que hacían unos hombres perforando el asfalto se amplificó. De las piedras salían pequeñas chispas azules y blancas, hirientes. La calle creció, se estiró, borrándose, disolviéndose, sin fin. Unas sombras escalaban los árboles para colgar racimos de globos multicolores enlazados por delgados hilos luminosos. Mañana, el Paseo estará iluminado para las fiestas. Esta calle estrecha será un simétrico jardín poblado de toda clase de flores. Este gran edificio sube piso a piso; mañana, cuando alguien pase, se le quedará viendo y dirá "qué bonito y qué grande", y no podrá recordar lo que había hoy, aquí, en su lugar. Pensó que, en un momento, la tierra empezaría a oscilar y que iba a ser tragado en aquel movimiento furioso y desordenado; la tierra sacudiéndose arriba y abajo, dando vueltas, hasta que la ciudad despertara convertida en otra, igual que todas las ciudades del mundo.

Todavía se preguntó, en voz alta: "¿Te gustaría vivir aquí?" Pero la voz ya no era la misma. Tiritó, como si estuviera desnudo, como si se hubiera despojado de una ropa gruesa. Hablar por hablar, para no sentir miedo, para no ver la oscuridad, para no tener frío, para no pensar en la señal.

Subió corriendo la escalera y encendió todas las luces de su pequeño departamento. Tengo que hacer algo para no pensar ya en eso; por lo pronto, lo mejor es tratar de convencerme de que me estoy cayendo de sueño y tenderme en la cama.

Cerró los ojos,